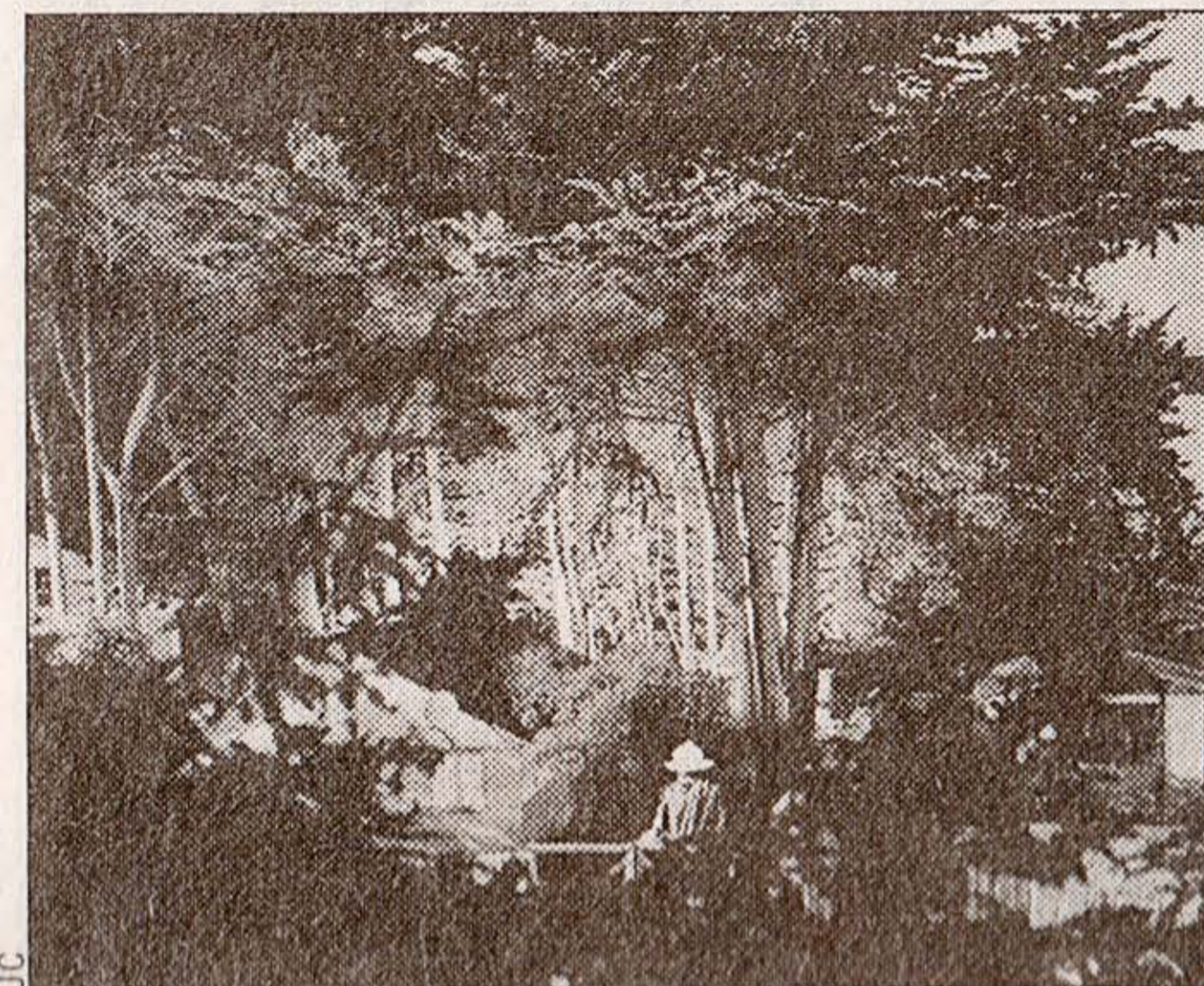
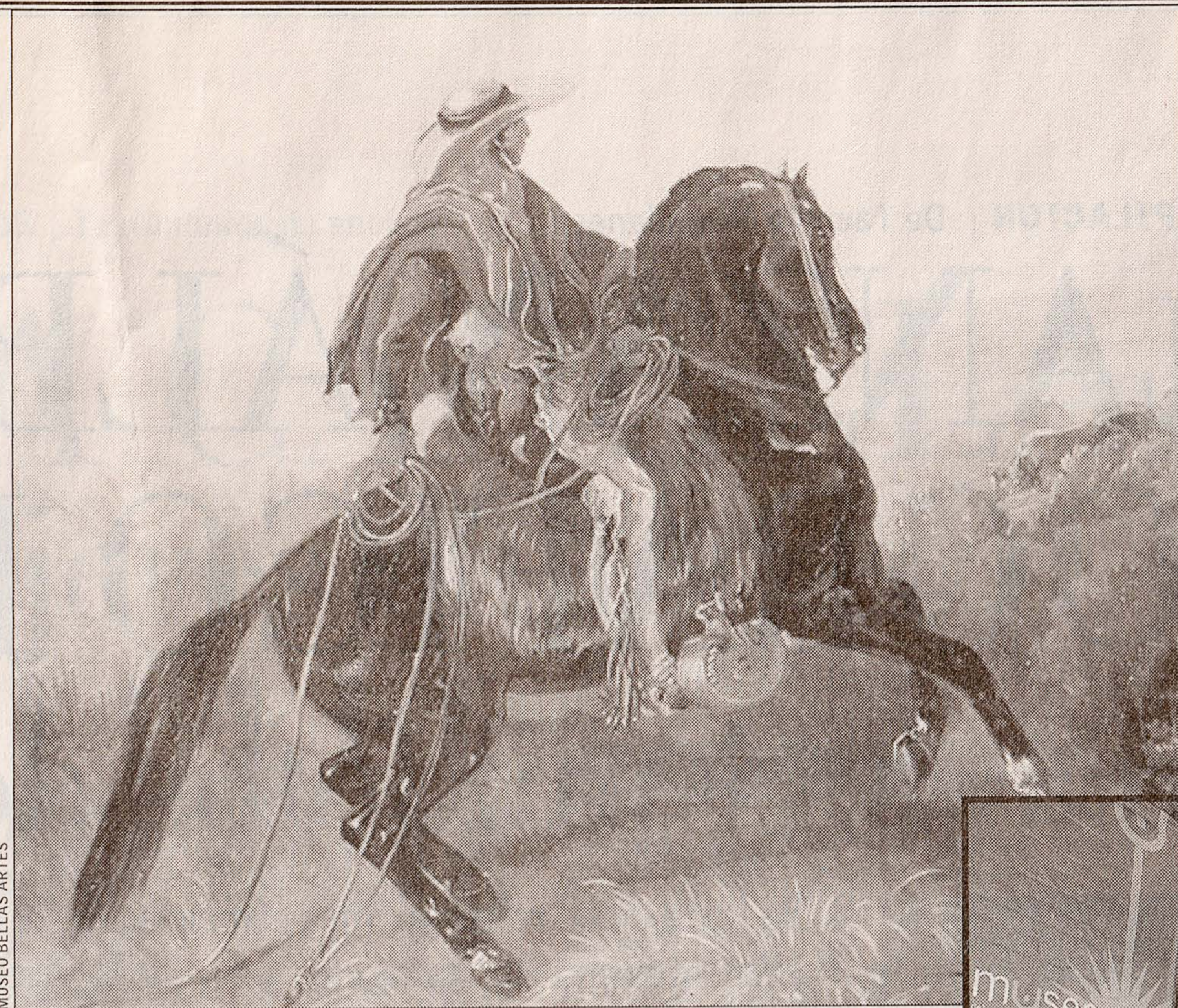




"Miró, se fue y volvió", obra de Antonia Cruz.



Obra de Margarita Dittborn.



Mauricio Rugendas, "Huasos Laceando".

Exposición de pintura:

En el Museo de la chilenidad



Museo de la Chilenidad en casa Santa Rosa de Apoquindo.

WALDEMAR SOMMER

La decimonónica casa de Santa Rosa de Apoquindo, de arquitectura ecléctica y donada flamante, no escapó de los estragos del reciente terremoto. Así, la actual exposición de pintura dedicada a nuestro pasado se muestra en una de las reconstruidas bodegas, donde el ambiente de época se ha sabido rescatar. En ese adecuado marco, un conjunto de pintura tiene el campo chileno como temática fundamental. Pero antes de ingresar a él, ya destacan unos viejos y hermosos objetos en madera procedentes del propio lugar: hurnas o vasijas de tronco de árbol ahuecado y un *rale* o amplia fuente plana del mismo material. Tampoco falta un simbólico caballo en fierro negro del escultor Juan C. Dörr.

Un Rugendas, "Huasos laceando", resulta el más adecuado encabezamiento para una exhibición, donde nuestros hombres del mundo rural, su entorno, sus trabajos y celebraciones

son representados por artistas del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. De esa manera, el gallardo dinamismo de jinete y cabalgadura, en el Rugendas magnífico, obliga a evocar el romanticismo de Delacroix. Entre los nombres novedosos concurrentes, hay que recordar a Guillermo Walton y a Manuel Thompson. El primero, por el violento contraste de luz y sombra, quehacer más protagonista al corcel que al huaso; y el Thompson, por la limpieza del claroscuro dentro de un escenario no poco

monumental. Entretanto, Giovanni Mocchi resalta por su realismo minucioso, mientras E. Charton de Treville aporta la visión de un desperdigado rodeo. Thomas Somerscales, por su parte, ante todo entrega un solitario campo precordillerano de, para entonces, atrevida composición.

Las cumbres de los pintores naciona-

les del ayer se hacen admirar: Pedro Lira —muy bello cuelga "Recolectando leña", de exquisitez casi monocromática y capaz de hacer sentir la humedad invernal—; Alberto Valenzuela Llanos —dos paisajes de invierno con árboles de ramificaciones agresivas— y Juan Francisco González, con tres precisos panoramas rurales y construcciones de adobe, cuya potencia de factura parece querer pulverizar los respectivos marcos de circunstancia. A

ellos se agrega Alfredo Helsby: un florido rancho campesino y la delicadeza brumosa de "Camino rural con vaca". De Pedro Luna, llama la atención el vigor del empastado en su colorida estampa sureña, en tanto que el paisaje de Arturo Gordon emerge menos visto que su "Zamacueca" espectral.

Tampoco faltan aquí revelaciones como "Rinconada de los Andes", de Guillermo Grossmacht, cuya atmósfera azulosa nace de una refinada luminosidad. O la inesperada soltura vigorosa de Rafael Correa, en su "Yunta de bueyes", o la bonita y detallada visión

de Onofre Jarpa para "Casas de la hacienda El Romeral". Completa el conjunto pictórico ofrecido por la Corporación Cultural de Las Condes, junto con un grupo

de espuelas de plata de grandes rodajas; tres chamantos de huaso, tejidos entre fines del siglo XVIII y mediados del siglo XIX.

Fotógrafas en la UC

Cinco fotógrafas jóvenes nos proponen la Sala Blanca de la Universidad

Católica. Si todas recurren al montaje y al sistema digital, si todas nos hablan de mundos, a la vez, cotidianos y fantásticos, cuatro de ellas lo hacen a través de un insinuante claroscuro, mientras la quinta opta por colores fuertes y la claridad plena. Cata González resulta esta última. Así, su fantasía panorámica está protagonizada por desechos —usadas bolsas de plástico que vuelan movidas por el viento— y secos vestigios vegetales sobre el suelo infértil de una urbe industrial. Intera el evidente mensaje entregado.

Por su parte, son capaces de entusiasmar al espectador tres de sus restantes colegas. Antonia Cruz, de ese modo, expone una secuencia, donde distintas mujeres de espaldas enfrentan diferentes paisajes precordilleranos, representados en forma de pintura craquelada y manchada por el paso del tiempo. Además del buen manejo de ambas fuentes de imagen, las enigmáticas figuras femeninas, sólo identificables por la mayor o menor frondosidad de sus

cabelleras, nos invita a ponernos en su lugar para contemplar la naturaleza. Se trata, pues, de un asunto simple que despliega poesía visual. Aunque de sugerencias más complejas, similar ánimo expresivo demuestra Margarita Dittborn a través de su denso claroscuro. Allí, donde el negro absoluto incita nuestra imaginación para que completemos la imagen con nuestra experiencia y deseos. Asimismo, exhalan ambigüedad los títulos de este par de fotomontajes con color.

Cecilia Avendaño aporta dos juveniles y curiosos retratos femeninos, con aspecto de haber sido arrancados de un cuento de hadas. El amplio formato y el cuero negro de sus respectivas vestimentas intensifican el ambiente fantástico. Si bien Camila Pino se halla lejos de la inventiva de sus compañeras, indudable autonomía poseen sus cercanos paisajes con pequeños detalles de una sombría vegetación boscosa.